



LA

QUINTA EDICIÓN

BAGATELA

POLÍTICA

CULTURA

“El feminismo es la idea radical que sostiene que las mujeres somos personas.”
- Angela Davis.

"San Juan viene y a la fiesta vamos"

Mi abuela, por alguna razón.



- 1 Prospecto
Esteban López Vallejo
- 2 Hueles a feminismo, amiga
Juliana Bernal Palacio
- 5 Mi primera entrevista
Virginia Petro de León
- 7 A las 2:00 PM
Andrea Pérez Reza
- 9 Donde el diablo dejó el trinche
Esteban López Vallejo
- 11 Sí, soy feminista
Camila Pérez Failach
- 16 De algún lado en el pueblo sale un pan
Irina Petro de León
- 18 Poemas
Juan Camilo Zabaleta
- 20 Normal People
Camilo López / Juliana Royo

ÍNDICE



 319 614 58 98 - 310 567 50 81

 @catarsiscafe

Prospecto

Esteban López Vallejo

"When you don't know what you're living for, you don't care how you live from one day to the next. You're happy the day has passed and the night has come, and in your sleep you bury the tedious question of what you lived for that day and what you're going to live for tomorrow."

- Ivan Goncharov, *Oblomov*

La sociedad nos ha arrastrado a una obligación sobre el "hacer", en donde no tener tiempo para perder es una representación del éxito y aún más si ese "hacer" está dirigido a producir riqueza; pero no podríamos estar más equivocados. El tiempo nunca se pierde, nosotros somos los perdidos que tenemos prohibido pensar en una diatriba sobre el trabajo.

Esto es un llamado a los flojos, a los despistados, a los procrastinadores: terminar tareas está sobrevalorado. Se vive feliz cuando no se sabe que será de mañana, cuando la mente se ocupa en lugares inexistentes. No dejen que la productividad los atrape en sus fauces. No hagan "nada".

La mediocridad es una labor noble mal publicitada, ¿Acaso lo mediocre no es lo inacabado? Pero no necesariamente esa falta de final asegura la falta de calidad, las obras artísticas no se terminan, se abandonan y no por eso consideramos a todos los artistas mediocres.

Esta revista es nuestra tarea inacabada.

Hueles ^a feminismo, amiga

Juliana Bernal Palacio

Hace cinco años, apenas, me aventuré en la fragancia del feminismo y sus enseñanzas, la misma que te atrapa y se convierte en tu perfume personal todos los días del resto de tu vida, pero la historia no fue tan sencilla como escribirlo. Digo apenas porque pasé dieciocho años teniendo pánico por las mujeres que no fuesen de mi familia. Desde que tengo memoria sólo veía y me relacionaba con mujeres en mi rutina diaria, porque ni mi papá ni mi abuelo estaban conmigo: el primero se había ido y el segundo murió cuando yo ni estaba planeada. Todas éramos mujeres en mi casa. Para acabar de ajustar, estudiaba en un colegio privado de sólo niñas ¿Pero por qué pánico? Ahí empieza la historia.

Siempre fui muy pálida, era mucho más alta que las otras, más bien troza y a los siete años descubrí que mis características físicas eran un impedimento emocional de relación común con las mujeres con las que compartía las aulas de clase. A los siete años empecé a mirarme al espejo rogando a lo que fuera que estuviera en el cielo que me cambiara completamente, que me quitara los gorditos que me salían alrededor de la cintura, que me hiciera más morena y menos alta. Comenzaron a ponerme apodosos hirientes, se burlaban y, como era de esperarse, mi rendimiento académico bajó hasta colocarme en los últimos puestos de promedio y eso se convirtió en una excusa más para romper con el aro de estabilidad emocional que uno debería tener a esa edad. Me rayaron los cuadernos diciendo que no servía para estudiar, que me saliera, que me dedicara a ordeñar vacas, que no era buena para nada. Lo peor es que me lo creí.

Mi mamá entendió que mi lugar no estaba ahí y me llevó al pueblo de Colombia que siempre aparecerá de primero por sus iniciales: Abejorral. Este sitio era completamente diferente a una ciudad, porque nadie miraba a nadie para menospreciarlo, todos y todas éramos iguales. Llegué a un colegio público y lo primero que me preguntaron es por qué tenía unos ojos tan lindos y raros, a veces eran verdes o se me ponían azules si el sol estaba muy fuerte, y fue un niño de mi edad el que se me acercó. A pesar de que mi relación con las mujeres cambió, porque ya ninguna me maltrataba, preferí concretar mi vida social con los hombres; sólo tenía amigos y no les tenía miedo. Así me mantuve hasta la universidad. Cuando inicié mi primer semestre de Historia en la UPB de Medellín, ya era una mujer fuerte a pesar de todos esos estragos emocionales que no había aprendido a superar de mi niñez revuelta con el matoneo femenino. Por mujer fuerte me refería a que pensé haber dejado atrás todos los complejos que me habían ayudado a crear hace unos años.

Mi vida se dividió entre la política y la historia, una combinación perfecta para el camino que estaba construyendo y, sin más vuelta atrás, conocí mujeres obligatoriamente. Como un pájaro aprendiendo a volar apenitas, me salí del nido emocional que me había formado, el resentimiento y la falta de interpretación social que no me dejaba entender el mundo de las mujeres y sus realidades particulares. Abrí los ojos y, aunque suene chistoso, me dije a mí misma "Juliana, vos también sos mujer, sufres o puedes sufrir lo mismo que sufren las otras mujeres". Me desperté de la pesadilla interna para entrar a una realidad aún más oscura de la que mi cabeza, nada feminista, me había ocultado. Vi las cifras de maltrato intrafamiliar, los feminicidios, las violaciones, los piropos, el debate del aborto, la falta de empleo y garantías para la educación, el casi normal papel doméstico sólo para mujeres, el menosprecio científico ¡TODO SE VOLVIÓ UNA PESADILLA! Me abrumé, ¿Cómo iba a ser mujer y sobrevivir al trágico panorama de Colombia al mismo tiempo?

Ahí empezó otra crisis, pero ya no estaba sola. Las mujeres de mi alrededor, con un montón de años de experiencia en el feminismo, me levantaron. Tocándome el rostro me dejaron claro que la lucha no era fácil pero que, como futura historiadora, sabía que los cambios sociales no se conquistaban individualmente, solas y con miedo a encontrarnos y organizarnos. Las mujeres habíamos conquistado derechos que iban desde poder hablar, votar y ser elegidas hasta exigir respeto, protegernos y luchar contra el patriarcado. Ahí comprendí que estaba en mi lugar, ahora sí, junto con mis amigas y compañeras que me acordaron de las niñas que me molestaban en el colegio:

-Sé que fue una etapa dura de tu vida, pero tienes que entender que una de las armas más poderosas del patriarcado es alejarnos entre nosotras, creer que somos competencia, que si una es diferente a la otra es fea o poco inteligente; que la amiga de mi novio es mi enemiga; que la que obtuvo mejor puntaje que yo no merece mis felicitaciones; que las luchas de las mujeres por derechos fundamentales no me compete; que juzgar a quienes se visten o se expresan diferente a mí es menospreciarme también.

Ahí estaba yo recordándome que, todos los días al salir, me lleno de la fragancia del feminismo, para que más mujeres la olfateen y quieran usarla, también. Para recomendárselas y decirles cuando la usen "me encanta cómo hueles, hueles a lucha y dignidad".

**Todos los días al salir me
lleno de la fragancia del
feminismo, para que más
mujeres la olfateen y
quieran usarla, también.**



Mi primera entrevista

Virginia Petro de León

Dejé de darle tantas vueltas al asunto y le puse cita el viernes pasado terminando la tarde. No quise incomodarle en fin de semana porque son días más íntimos, ni tampoco en semana porque siento que cada uno tiene sus propios asuntos que resolver. ¿Sí ven cómo divago para contarles lo que fue la cita? Podría decirse que estoy igual o más nerviosa que ese día.

Antes de que llegara me hacía a mí misma toda clase de preguntas. ¿Era realmente necesario llegar hasta ese punto? ¿Alguien más ya le había invitado a salir? ¿Y si al final se ocupaba en algo más importante y decidía no llegar? No tenía respuesta a ninguna, quizás algo corto se me pasaba por la mente, pero luego ganaba otra pregunta y quitaba cualquier respuesta del panorama. Pasaron los minutos y me concentré en el café caliente que no enfriaba y en la conversación de la otra mesa. Todo eso ocurrió mientras no llegaba. Cuando sin dar previo aviso ni tener una entrada con música lenta en la playlist de fondo de esta historia, entró al sitio donde le estaba esperando.

Tenía el pelo largo y amarrado en una cola alta. Una persona, creo, muy segura de sí misma. No sé con qué género tratarle así que me limitaré a hacerle las preguntas sin utilizar ningún pronombre en especial. Respiré profundo, le pregunté si tomaba algo, pidió justo lo que yo estaba tomando, me miró fijamente y sonrió. No parpadeaba más de la cuenta ni movía las manos tanto como yo. Era fácil detectar quién mandaba en la escena. Tenía un traje lleno de flores que le quedaba muy bien con el peinado, pero creo que no pensó en eso al vestirse y lo hizo por intuición. Llegó a la mesa lo que pidió, asintió al mesero y me hizo esta mirada de "Aquí estoy, empecemos". Yo para qué les miento a ustedes, estaba muerta del susto, casi petrificada. Lo había sabido disimular hasta ese momento, pero era peor cuando pensaba en su respuesta antes de yo hacerle cualquier pregunta; es decir, me pasé esas horas (perdí la cuenta cuántas fueron) precipitándome a cualquier movimiento. Pero bueno, lancé la primera pregunta.

- ¿Te consideras importante en la vida de las personas?

Le escuché la voz por primera vez. Se parecía mucho a la que había tenido en mi cabeza desde los seis años.

- No lo sé, realmente. Es un poder que cada uno me da.
- ¿Hay algo que te preocupa o te asuste?
- La libertad. Hace años no la veo y cuando logramos encontrarnos, uno de los dos desaparece, afortunadamente.

Paré antes de hacer la siguiente pregunta porque no sabía qué podía responderme. Hasta ese momento había sido concisa y había decidido no ahondar en ninguna respuesta. Me lancé nuevamente.

- Tú debes saber cómo puedo mantener las cosas bajo control, ¿o no? ¿Qué sabes de eso?
- Ese no es asunto mío. De hecho, creo que tampoco es asunto de Control, por si se te ocurre preguntarle. Resuélvelo tú.

Me molesté. Me dio rabia tanta ironía y sentía que me estaba mintiendo para salvarse. Así que con el tono de voz que mi mamá no soporta, le respondí:

- ¿Tantos años y ahora resulta que no es asunto tuyo?
- No sé a qué años te refieres. Yo soy sólo de ti, no de la humanidad entera. Tuvo una risa burlona y se le escapó esta frase:
- ¿Cómo se te ocurre que voy a ser el miedo de toda la gente? Soy sólo el tuyo.

Estaba procesando la información. Yo no tenía la mínima intención de que se concentrara específicamente en mí, ni en todos los miedos absurdos, ni mucho menos que los vociferara en esta entrevista que debía presentar en la revista. Me quedé callada y siguió:

- La semana pasada me tuviste sin descansar, no sé por qué te acepté esta entrevista. Debió ser otro de ustedes que viniera.

Se me arrugó el alma, pero no se dio cuenta, así que continuó:

- Cruzaste los límites. No te escuchaste en ningún momento. Ni siquiera me escuchaste a mí. No me utilizaste a tu favor. ¿Dónde dejaste a Intuición? No tengo el más mínimo interés en responderte preguntas capciosas que intentas que te responda para hacerme creer culpable de lo que tú has decidido inventar. No te hablaré del futuro, no me corresponde, pero de verdad creo que pediré un cambio de mente. Está bien haberte acompañado en lo mucho que te asustan otras cosas, no sé, las cucarachas, ¿pero dudando de lo que ya construiste? No creo que quiera quedarme a verlo.

Dile a los de la revista que la próxima vez escojan a alguien que esté dispuesta a enfrentarme.

A las 2:00 pm

Andrea Pérez Reza

Marzo de 2021, la pandemia sigue haciendo de las suyas y encuentra en el sol un gran aliado para hacer que renunciar a la comodidad del letargo, justo después de almuerzo, sea suficiente para analizar la necesidad de estar vivo. Y no, no exagero.

Ese día se sentía pesado, con muchas ocupaciones y ajustado tiempo. Ella corría de aquí para allá sin saber qué hacer, estaba inquieta y meditabunda, se sentía atrapada y su cabeza no hacía más que repasar todas las soluciones posibles una y otra vez, dándose cuenta que ninguna era conveniente para la realidad que estaba viviendo. Desde las 12:30 P.M. su celular sonaba sin parar, la tarea de ese aparato era quitarle la paz a todos los de la casa cada tres minutos y lo estaba logrando de una manera monumental.

Ya era pasada la 1:20 P.M. y la serenidad no aparecía, sólo una idea iluminó su rostro, alguien debía sacrificarse y eso no lo pensó dos veces. Puso sus ojos en mí. El destino y mi, detestable, problemática y odiosa, complacencia me hicieron levantar y decir "Mírame, no tienes nada de qué preocuparte, ¿Qué es lo peor que puede pasar?". No era consciente de la batalla que saldría a luchar...

2:00 P.M., el espacio estaba atiborrado de personas que no entendíamos lo que estaba sucediendo, no había respeto de un distanciamiento mínimo y nuestros rostros dudosos sólo mostraban una verdad: ninguno quería estar ahí. Una puerta que se abría cada par de minutos era la encargada de dividir el mundo en dos escenarios completamente diferentes, afuera un sol violento y caos, mientras que en el interior se notaba calma y resguardo. No veía la hora de entrar a ese pequeño lugar y respirar la esperanza que se olía adentro. Que gran fraude creyó mi cerebro, una muy perfecta fachada ocultaba la tortura que acepté inocentemente.

Entré, y mi alrededor no demoró en enseñarme que el suplicio sólo iniciaba. Viajé al pasado. A los segundos de estar ahí perdí mi nombre, ahora sólo era un número vacío y sin significado real; un frío sepulcral se apoderaba de las cuatro paredes que me encerraban y los extraños que me acompañaban se miraban entre ellos como intentando adivinar los pensamientos de todos. Nos habían clasificado en dos grupos y a mí me tocaba seguir esperando hasta que alguien me llamara. Era como si el tiempo se hubiese detenido, el aire estaba denso y la ansiedad empezaba a despertar.

Mi cabeza buscaba distracciones en todas partes; estudiaba cada detalle del espacio y de los objetos presentes; intentaba recordar la identidad pasada de ese sitio; miraba hacia el exterior las caras de la multitud que cada vez era mayor. Nada evitaba que la impaciencia se apoderara de mí.

Sólo cinco personas estaban antes que yo, pero esa cantidad hizo que mi estancia se sintiera eterna y mi desasosiego no encontrara consuelo. Al fin me llamaron, miré el reloj y sólo habían pasado doce minutos desde que caminé a través de la gran puerta y un asesor de caja en el banco me atendió.

Nota a mi mamá:
Por ti haría todas las filas de banco.



Donde el diablo dejó el trinche

Esteban López Vallejo

-Buenos días señora Clelia, soy El Diablo, vengo buscando a sus hijos.

Un hombre vestido de negro, zapatos de charol, galera y bastón, sentenciaba en la cara de la madre que acababa de abrir la puerta para recibir las primeras luces del día. Luego del saludo sólo hubo silencio, la mente de la mujer quedó en blanco por unos segundos, los niños aún dormían y no sabían lo que les esperaba.

Los hermanos mellizos habían nacido en febrero poco después de la celebración de las fiestas de la Virgen de la Candelaria, casi que anticipando su conexión constante con las ferias y eventos del municipio. Desde pequeños su padre los llevaba para que entendieran los avatares y conocieran cada rincón de la corraleja, visitaran a las gitanas, hablaran con los toreros y vendieran cigarrillos, chicles y fósforos.

La casa de Santa Clara conectaba por la parte de atrás con la corraleja; la señora Clelia aprovechaba esto para alquilar habitaciones a los viajeros, vender almuerzos y ofrecer el servicio de costura para los payasos que vendían algodón de azúcar.

Ese año, además del coliseo de madera y aprovechando el gran número de personas que viajaban al pueblo para esa fecha, un circo se instaló a el parque central. El circo tenía el acto de unos payasos trapecistas, una burra bailarina y el extraño caso de una niña que se había convertido en araña por desobedecer a la mamá.

Los mellizos esperaron la hora de la siesta de la tarde para colarse tras la bambalina del circo y conocer los secretos que escondía cada acto. La burra en realidad bailaba porque la electrocutaban y la niña araña sólo mostraba su cabeza mientras escondía su cuerpo bajo la mesa; pero hubo algo más que atrajo la atención de los niños: justo encima de la carpa había un árbol de mangos lleno de frutos. Necesitaban una herramienta para alcanzarlos y encontraron el tridente del hombre disfrazado de diablo que cobraba la entrada.

Con el tridente, un par de sillas y la elasticidad de la juventud tumbaron el racimo de mangos, con la mala suerte de que cayó sobre un techo de zinc y despertó a todos los artistas. "Cójalos", se escuchó dentro del recinto y los hermanos en su huida no soltaron ni el tridente ni los mangos. Al llegar a su casa, en compañía la oscuridad de la noche, la solución sería enterrar el arma en el patio y esperar que nadie los reconociera.

Al empezar el día los niños escucharon que alguien tocaba a la puerta, nadie lo hacía tan temprano a menos que fuera una muy buena o una muy mala noticia. El silencio de su madre los hizo inclinarse por la mala. Se asomaron por la pequeña separación que había entre la puerta y la pared de bareque. Lo que vieron los sorprendió: su madre hablaba con el diablo quien reclamaba su tridente.

SÍ, soy feminista

Camila Pérez Failach

Nací hace 24 años, llevaba 6 años vigente la gloriosa Constitución del 91 para ese entonces. Mi familia no me esperaba, ya las cosas serían como iban a ser y nada iba a cambiarlas, hasta que llegué de repente. Un embarazo de alto riesgo porque mi madre era mayor, llena de miedo y no la culpo, el discurso hipermedicalizado y patologizante de los embarazos reinaba y era la última palabra de los ginecólogos en esa época. Qué ironía, en mi pintoresco pueblo del caribe, quienes se encargaban de traer a la vida en clínicas y hospitales, eran hombres, seguramente ricos, posiblemente blancos, con sus respectivos discursos sobre la vida y sobre los cuerpos de las mujeres. A pesar de eso nací, viva, muy viva y crecí, crecí como si no tuviera límites.

Mi adolescencia llegó, un día vi en mi interior una mancha de sangre, la cual sabía que llegaría, pero que no quería que pasara, porque en mi había un rechazo profundo a mi feminidad, por creerla frágil, inmadura, superficial, banal, incomprensible, violentable, y ¿cómo no? A las niñas nos enseñan que los valores que comprenden la feminidad son inferiores a los valores que comprenden lo que entendemos por lo masculino, acción, seguridad, racionalidad, fuerza, valentía, etc. Yo no quería mi sangre, la que además me causó una profunda vergüenza junto a mi cuerpo que crecía dispar al de mis compañeras del colegio y me hacía sentir inapropiada, para mi edad, para mi grado, para el colegio, inapropiada para una sociedad en la que las niñas se les acosa sexualmente en la casa, en la calle y en el colegio y nadie dice nada, al contrario, se nos culpa por “no parecer de nuestra edad”, por “brinconas”, por “no darnos a respetar”.

Y reitero, a pesar de eso, crecí, crecí mucho. Llegaron las 15 primaveras, las primeras mariposas en el estómago y por supuesto las primeras puñaladas del amor romántico, porque si, eso hace el mito del amor romántico como lo nombra la psicóloga feminista Vanesa Giraldo (@La_Mala_Madre), dañar profundamente. Nos distorsiona la realidad, nos pone como objetos del deseo, nos quita agencia, nos pone un solo objetivo en la vida a las mujeres, ser para lo masculino, aguantar lo que sea por mantener un hombre al lado, “porque ellos son así y no van a cambiar” y que duro es salir de ahí, porque su violencia se camufla sutilmente entre las cosas que históricamente hemos normalizado en las relaciones de pareja, los celos, las infidelidades, los engaños, la manipulación, la falta de autoestima, la dependencia emocional y de otros demonios.

Y en la medida que más crecía, fui dándome cuenta de que en mi energía había un sentimiento extraño, era rabia, una digna rabia que crecía pero que no sabía cómo nombrar, pero que se fue alimentando entre conversaciones con distintas personas.

Entre ellas, de manera especial las conversaciones que mantenía con una amiga de la infancia. Juntas veíamos todos los días la desigualdad y la injusticia, los horrores de vivir en un país donde la guerra asechaba todos los días, donde las mujeres éramos y seguimos siendo botín de guerra de los paracos, de la guerrilla, de narcos y del ejército, del vecino, del tío, del primo, de cualquiera que se ha creído que tiene poder sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas.

Entre esas primeras intuiciones, decidí irme a estudiar derecho en la Universidad de Antioquia. Ese fue mi primer sueño cumplido, ir a meterme a la boca del lobo, buscando todo lo que a las mujeres históricamente no se nos ha perdido, nos han arrebatado, las oportunidades. Pero por supuesto, no todo es como una lo cree, a pesar del interés que en mi suscitaba el estudio del derecho, me empecé a dar cuenta de las limitaciones y contradicciones de este para abordar la realidad de muchos y muchas sujetas, justamente de esos que estamos al margen. Fue cuando comprendí que el derecho como todo discurso, como toda construcción social, también hace parte de un orden hegemónico, que el derecho no es neutral. Que era imposible pensar en una sola definición de justicia mucho más cuando los daños son tan distintos, cuando muchas de las víctimas vuelven a ser violentadas por el mismo sistema judicial.

Y a pesar de eso, la esperanza nunca pierde el tiempo, me acerque a quienes por distintos motivos coincidíamos que se podía hacer un uso contrahegemónico del derecho y así a mi vida llegó el libro "El derecho como conjuro" de la abogada cartagenera Julieta Lemaitre, quien es hoy magistrada en la JEP. Su relato, es un híbrido entre confesión juvenil y teorización de la relación entre el derecho y cambio social en este país. Por supuesto el capítulo titulado "Legalismo Feminista: Los derechos de las mujeres en los años noventa", encendió en mí una llama que nunca más se volvió apagar, el aquellarre de luchas y resistencias de años de historias de mujeres en este país desde distintos frentes llegó a mí, lo personal era intrínsecamente político, reconocí de inmediato el devenir histórico que encarnaba el ser mujer, mujer estudiante y latinoamericana. Posteriormente llegó Catherine A. MacKinnon, hablando sobre Feminismo, Marxismo, método y Estado, a través de un libro maravillosamente diverso, "Crítica Jurídica. Teoría y sociología jurídica en los Estados Unidos". Era la primera vez que en unos textos académicos sentí que les daban nombre a mis experiencias, fue como a través de ellos me reconocí, reconocí incluso mis dolores, mis rabias y mi frente de lucha.

A la par de esto llegaron las noches de rumba, las amigas, los amigos, los compañeros, el novio de la Facultad, las tardes y noches, y rabias y lágrimas, desosiego, pero sobre todo rabia. Allí surgieron preguntas difíciles para mí sobre lo que entendía por el amor romántico y las relaciones con los hombres, mi sexualidad y el deseo masculino, lo que significaba ser mujer en una relación sexoafectiva, lo que se esperaba de mí actuar, lo que estaba dispuesta a soportar y a recibir si me salía de las expectativas que se posa-

ban sobre mí, los juicios sobre mis relaciones pasadas, sobre mi manera de ser, de expresarme, de estudiar, incluso hasta de mi manera de ser del caribe, estos cuestionamientos no tardaron en apuñalarme el alma.

Luego de eso la palabra “feminista”, parecía cada vez más cercana. Siempre la sentía lejos de mí, porque a pesar de me era familiar, para mí las feministas eran mujeres demasiado transgresoras, demasiado fuertes, mujeres sin miedo a nada y en ese momento sentía que yo no era capaz de encarnar esos valores en mi propia vida, por lo que enunciarme como feminista sentía que sería un engaño. Sentía que en mi vida había tantas contradicciones que no era capaz de soportar un cuestionamiento hacia ello. Luego entendí que la contradicción hace parte de nuestro descubrimiento como sujetas políticas con agencia, que esto no nos vuelve más o menos feministas, como si existiera el feministometro, que esta es la lucha por poder decidir sin miedo sobre nuestras propias vidas.

Entre todas esas contradicciones, llego el 2019. Mientras estaba decidida a nombrarme desde mi experiencia como mujer, las situaciones por las que estaba atravesando me estaban la ambigüedad del ámbito académico para las mujeres, lo complejo que es la académica cuando está en vez de romper cadenas y servir para construir otras posibilidades, termina reproduciendo dinámicas clasistas, racistas y patriarcales, y por supuesto sentir esa presión de hacer continuamente para reafirmarme, para validarme dentro de esta. Entre esas y otras cosas llego el 8 de marzo de 2019.

Ese día en la tarde habían citaron concentración en el Parque de San Antonio, así que me fui con una amiga y a las 2:00 bajo el sol brillante de Medellín estábamos allá con las flores que me habían regalado en la oficina. Como estudiante de universidad pública, una tiene experiencia en la euforia que generaba estar rodeada codo a codo por una causa, cada marcha a la que fui, la recuerdo por las emociones que me removía, pero esta marcha en particular tenía su propio temperamento, sus propias energías y fue ahí, entre ese calor que me abrazaba que me dije a mi misma, sí, soy feminista y este va a ser mi punto de enunciación político, ético y académico.

Cada vez que lo recuerdo ese momento, veo a una mujer que no tenía ni idea de las cosas que acontecerían para su vida, las dificultades que iban a pasar, las tristezas, los miedos, las ganas de querer morir muchas veces. Ahí estaba yo, con mis flores, con una amiga, con una vida entera que me iba a poner a prueba y hoy pienso en todas las veces que el feminismo me salvo la vida, que le dio nombre a mis dolores, que me dio una voz para validar mis experiencias como sujeta política, que me acogió y le dio un lugar a mi digna rabia, esa rabia histórica por todas nuestras antepasadas.

Desde ese día me asumí y hoy abrazo a esa Camila que aún siempre llena de contradicciones seguía su intuición, seguía el calor que en su pecho se gestaba, abrazo a la Camila respondona, grosera, gritona, tierna, dedicada, mamadora de gallo, la que le gusta el baile y la rumba, la que le gusta el debate y el estudio, la que se enamora porque sabe que hay hombres dispuestos a traicionar al patriarcado, la que a veces se ve en el espejo y se tira besos y otros días no quiere ni verse, la que ha llorado hasta querer morir, la que ha ido dolida, la que también se ha sentido humillada, utilizada, violentada, a la que han llamado bandida, perra, alborotada, ridícula, por vivir mi vida como he querido, las abrazo a todas y a cada una de las mujeres que soy y que me habitan, las honro profundamente porque su vida vale, mi vida vale.

Hoy 8 de marzo de 2021, me lleno de alegría al tener la valentía de sentarme a escribir sobre mi vida, porque he tenido que rebuscar en mis más profundos dolores, pero también en mis profundas alegrías resistiendo. Escribir sobre una misma es desnudar el alma, es tomar el riesgo de que los demás vean por dentro, pero me costó mucho tener una voz y ya no podrán quitármela. Mi profundo abrazo y agradecimiento a todas las compañeras, amigas, conocidas, a mis hermanas que han estado conmigo en mi vida enseñándome algo, ayudándome a amarme un poco más cada día, porque el amor propio también es resistir a un sistema que se fortalece de nuestra desconexión con nosotras mismas y con las otras. Enseñándome desde la complejidad de sus propios lugares de enunciación, alentándome a ver desde nuevas perspectivas la lucha feminista, interpelando lo que había dado, por cierto, es un honor ir a su lado. Que hoy sea un día para recordar que la lucha continua por todas las que vienen atrás desde todas las latitudes.

Escribir sobre una misma es desnudar el alma, es tomar el riesgo de que los demás vean por dentro, pero me costó mucho tener una voz y ya no podrán quitármela.

De algún lado en el pueblo sale un pan

Irina Petro de León

Gracias al olor del café molido, me desperté forzada a las siete de la mañana en busca de la ayuda de Dios para los problemas que me acarreaban a los ocho años (sugiero no subestimar eso). El sol ya pintaba las paredes de la habitación con un amarillo blancuzco, había amanecido temprano. Pisé con el pie izquierdo en el piso frío, supongo que en vano me ponía mi mamá las chancletas al lado de la cama; me puse la primera pijama que encontré y salí para la cocina.

Nos dimos los buenos días, como de costumbre y esta seguía siendo una mañana como cualquier otra. Mamá me hizo señas de que el café estaba listo y podía servirme, di un paso para hacerlo cuando papá me detuvo diciendo: “No hay pan”- y causó extrañeza en mí porque él bien sabía que el café me gustaba más sin pan – “Yo me lo tomo sin pan de todos modos”- le respondí con un aire de saber con qué intención me lo decía, aunque no tuviese ni idea. Con un rostro de desconcierto expresó que a él le gustaba con pan y si podía por favor conseguirle uno. Sin darle vueltas al asunto, me amarré el pelo, tomé una moneda de 500 y salí a buscarlo.

Llegué a la tienda de la esquina, dónde comprábamos las cosas que se nos olvidaban cuando hacíamos el mercado o que se acababan antes de tiempo.

-Buenos días Mati, regálame un pan de 500 por favor.

-Ay niña, hace dos minutos vendí el último, se me olvidó hacer el pedido – dijo con la paciencia que siempre manejaba.

Le di las gracias y fui al granero de la esquina de adelante, donde de la misma forma y con menos paciencia que Mati, aquel señor de quien siempre se me olvida su nombre, me respondió que él no vendía panes. Empecé a preocuparme porque llevaba ya seis minutos en la calle, el café se enfriaba y eso recalentado no sabía igual. «Me va a tocar entrar ahí», pensé mientras me acercaba a la única panadería que había en el pueblo y que, a decir verdad, hacían unos panes horribles. Entré rendida ante lo que fuese a conseguir y con la amabilidad de siempre, saludé a la señora Consuelo, la dueña del lugar; pregunté por el pan de 500, a lo que sorpresivamente me respondió: “Esta semana no he hecho mijita”. Casi esboqué una risa del alivio que eso me daba, le di las gracias y agarré camino de regreso.

La puerta de la casa queda abierta siempre hasta las diez de la mañana, entré y vi a mamá lavando tres pocillos de café. Entendí poco o nada de la situación y con abrumadora inocencia me dirigí hacia mi papá.

-No encontré pan en ninguna tienda – aseguré dentro de un ligero tono de tristeza.

- ¿En ninguna tienda? – buscaba confirmar mientras me daba una segunda oportunidad.

-En ninguna, pá. Igual ya te tomaste el café y el mío se enfrió.

Se echó a reír como aquel que no pretende exponer la burla y me dijo: “Busca la Carta a García, léela y nos vemos para el café de las cuatro”. Seguía sin entender lo que había sucedido. Con cierto enojo me tomé mi café recalentado y me dirigí a buscar la dichosa carta. Eran seis páginas que leí en poco más de diez minutos. Ahí todo cobró sentido.

Agarré la misma moneda de 500 de antes y volví a salir a la calle a conseguir el pan para el café. En esta ocasión sí fue verdadero que entré a cada tienda que hubiese en el pueblo y sus alrededores más cercanos que podía transitar sin perderme. Mi última opción era reclamar un favor que había hecho hace meses. Menos mal nunca he sufrido de pena y mientras rezaba, ponía un pie en la casa de la señora Carmen.

- Buenos días señora Carmen, ¿puedo pasar?

-Adelante mijita.

-Señora Carmen, ¿se acuerda de cuando le hice el favor de declamarle a su esposo un poema? Necesito que me lo compense con un pan.

- ¿Con un pan?

-Sí, por favor, se nos acabaron los panes para el café y no hay en el pueblo.

La señora Carmen me entregó el pan y llegué a la casa cuando la cena estaba servida, la hora del café claramente había pasado. Avergonzada y con miedo a haberle decepcionado, llegué donde mi papá y le entregué el pan. Le pedí disculpas por tardar tanto y cuando me marchaba, nuevamente me detuvo diciendo: “¿Por qué tienes esa cara? Si le entregaste la carta a García”.

Poemas

Juan Camilo Zabaleta

7

*El vagabundo es un Dios
Que se sienta igual que nosotros
Pero no en sillas ni taburetes
Siente hambre igual que nosotros
Pero no come en casa ni en restaurantes
Camina entre nosotros
Probando nuestro valor
Abandonado por todos
Busca que comer en la basura
Yo busco que darle de mis bolsillos
Pero soy pobre aunque no igual que él
Soy un cantor de la romería
Él un Dios de la calle
¿Será que también fuma?
Porque tengo ganas de fumar
Y no tengo nada que prender
Solamente le puedo ofrecer mi mirada
Y una corta sonrisa porque voy en caminata
Adiós
Dios
Nos vemos cuando nos volvamos a encontrar*

8

*Tengo un amigo
Un padre de la poesía
Hijo de la razón
Esposo de la locura
Tan amado y odiado como Jesucristo
Su esposa lo asesinó
Era celosa y le tenía miedo a su padre
La razón
Me enseñó la poesía
Y que a los amigos se les ama
Tanto como a una novia
Los versos a Lola
Se cantan hoy en todas las esquinas
Del globo terráqueo
Pues ella dio a luz
A un poderoso Dios de las aguas
Caminante eterno
De las polvorientas y mansas calles cereteanas*

En memoria de Raúl Gómez Jattin

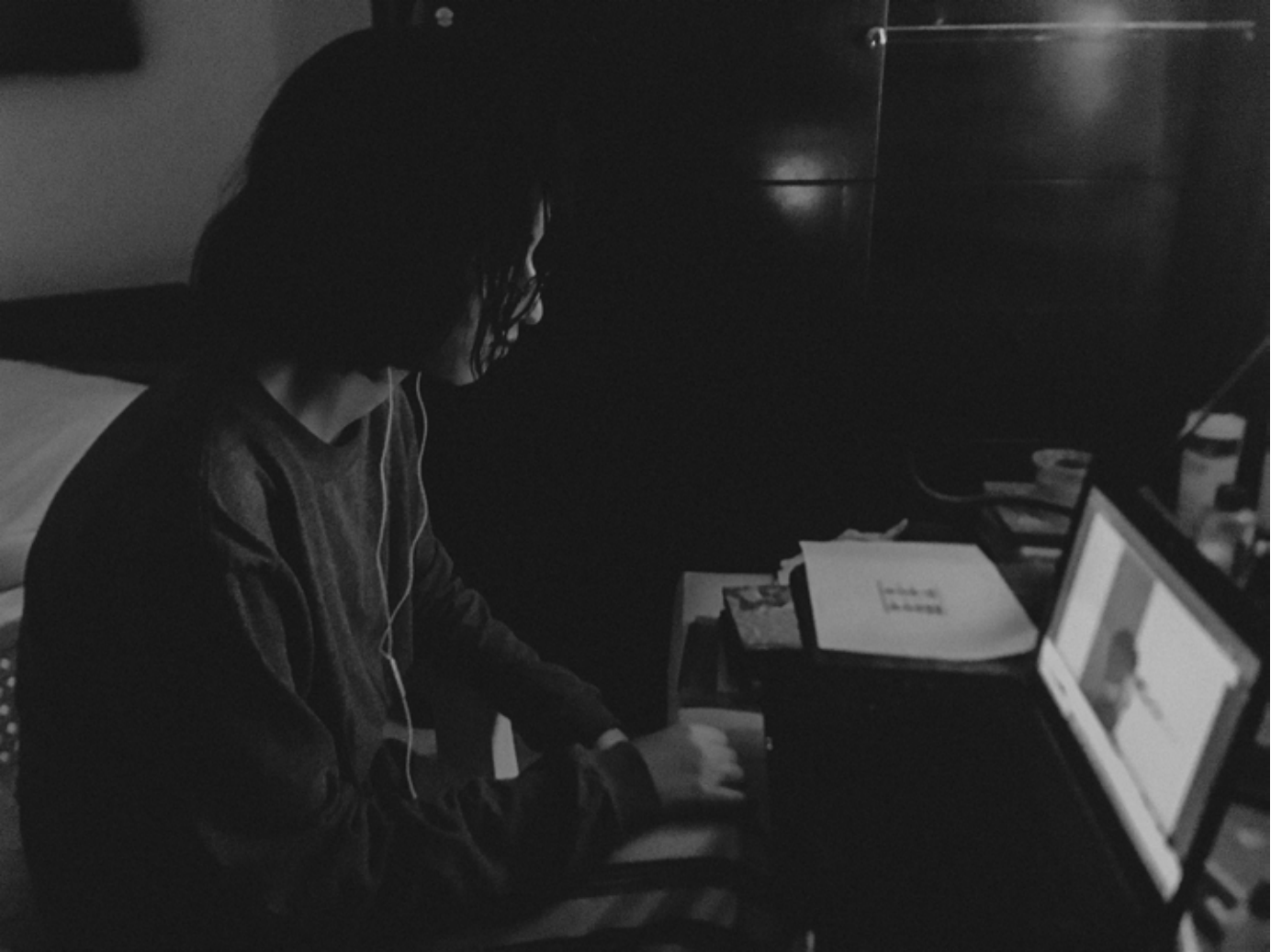
Normal people

@camianlodu @agatanajir



*Hoy todo cuán distinto... Paso a paso,
y solo voy por la desierta vía,
-nave sin rumbo entre revueltas olas-
pensando en las tristezas del ocaso,
y en las tristezas de las almas solas.*

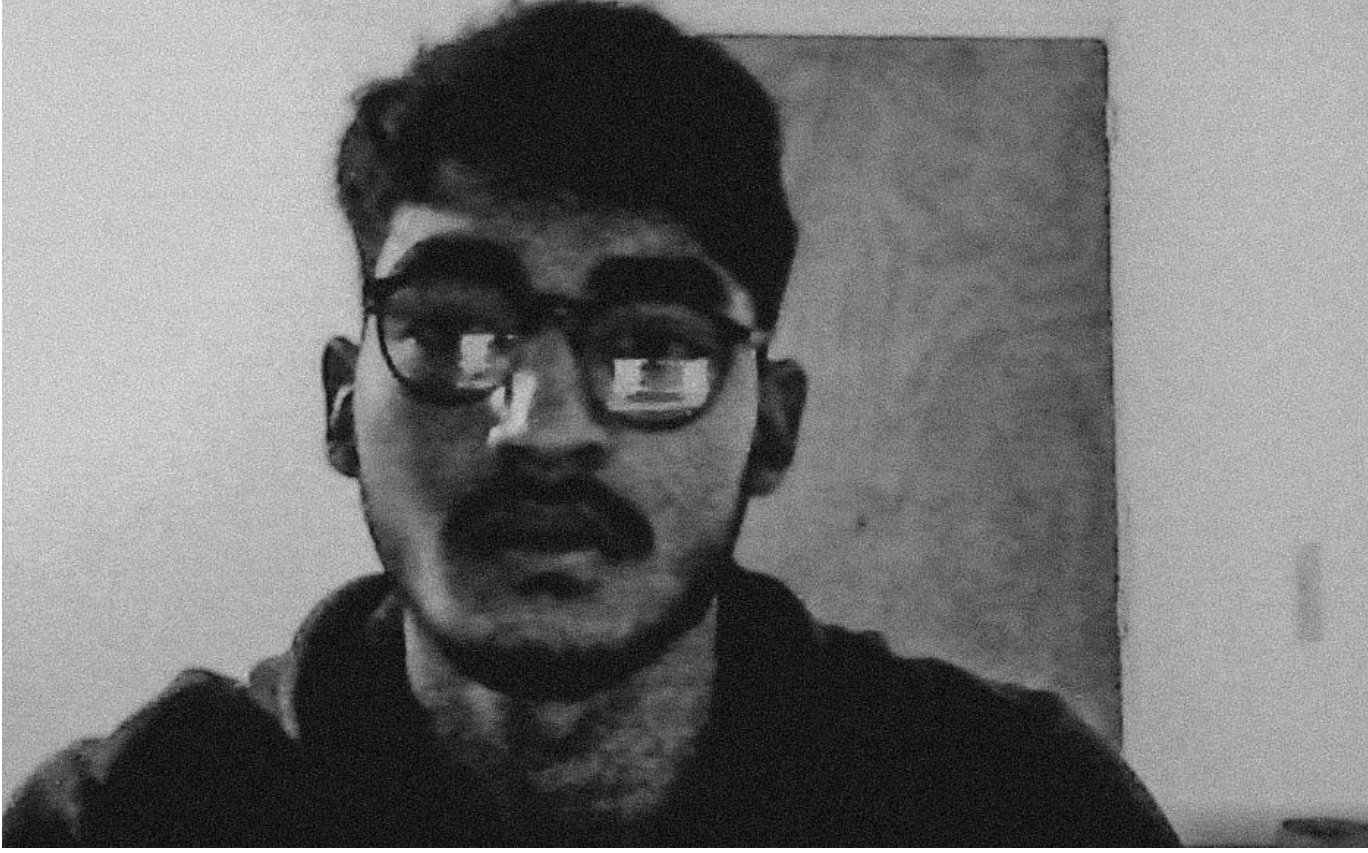
Ismael Enrique Arciniegas - A solas



|

Normal people

@camianlodu @agatanajr





Irina Petro de León

Tiene 6 semestres de Comunicación en la San Marino

@irinapetrodl



Camilo López Durango

Gafas torcidas.

@camianlodu



Andrea Pérez Reza

Novia de Zac Efron.

@andpreza



Virginia Petro de León

Le debe al ICETEX.

@virginiapetrod



Esteban López Vallejo

Altanera, preciosa y orgullosa

@esdomingo

